

MENSAJE
DEL ARZOBISPO DE GUATEMALA
A LOS
PRESIDENTES DE CENTRO AMERICA

Es para mí motivo de alegría, honor y profunda responsabilidad, el tener nuevamente la oportunidad de encontrarme con Ustedes.

Ya hace un año tuvimos la ocasión de encontrarnos en Esquipulas, tierra de paz y de fe. Entonces quise centrar mi mensaje indicando algunos elementos básicos para la consecución de la anhelada paz. Hacía énfasis particularmente en la necesidad de situarse en un contexto de **VERDAD**, como medio para establecer un auténtico diálogo que buscara soluciones en un clima de respeto, promoción de la justicia y garantizando las libertades fundamentales.

Aquel era un momento muy especial para Centro América. Casi podríamos hablar de una primavera en la que después de la dureza de sistemas férreos, se soñaba con que, junto con la naciente democracia que se estaba estrenando en algunos de nuestros países, vendría como consecuencia el emprender un camino de reconciliación que últimamente nos llevaría a todos a una paz estable.

El tiempo, sin embargo, ha pasado. Y con el tiempo muchas de las ilusiones se han terminado. A veces en el ánimo de nuestro pueblo, especialmente en las zonas más golpeadas de Centro América, existe la convicción

de que toda esta situación no es más que el resultado de un fatal destino en el que, hombre e historia, tienen que plegarse a la fuerza de poderes incontrollables que inexorablemente llevan al dolor, la injusticia, la violencia y la muerte misma.

Es dentro de este panorama sombrío, confuso y marcado por la angustiosa agonía de muchos hermanos nuestros y por la misma cerrazón que se manifiesta cuando se trata de llegar a encontrar soluciones concretas, que ahora me dirijo a Ustedes, Excelentísimos Mandatarios.

Al inicio de mi mensaje usé tres términos para indicarles lo que su presencia aquí me inspira. Hablé de alegría, de honor y de responsabilidad.

Ciertamente este encuentro me llena de alegría porque, a pesar de los problemas, es un signo de esperanza. Ver a los cinco presidentes centroamericanos que vienen hasta esta Catedral Metropolitana para pedir a Dios su ayuda es, sin duda más significativo que muchos discursos y frases de ocasión. Delante de Dios no hay ni

títulos, ni diplomacia, ni compromisos, ni ambigüedades. Lo único que queda es el hombre limitado, pequeño que, despojado de todo lo que en el mundo distingue, se pone como uno de tantos delante del Señor, para pedirle luz, para reconocer con sencillez sus errores y para situar sus posturas y opciones en una dimensión de **VERDAD**. Discúlpennme si es desde este ángulo que, en primer lugar los estoy viendo esta tarde. Pero creo que hablarles al corazón y a la conciencia, puede ayudarles y animarles en el desempeño de las responsabilidades que tienen como representantes de nuestros pueblos centroamericanos.

Su presencia es también motivo de gran honor. Como representante de la Iglesia católica, me siento profundamente honrado de que estén aquí. Se trata de un reconocimiento del papel que la Iglesia Católica ha jugado en el forjarse de nuestra historia centroamericana. La veo también como signo de que ante la crisis se busca en las raíces de nuestra identidad, en donde, la unidad de la fe fue garante de la concor-

dia y propulsora del respeto a los derechos de las minorías; un impulso y un principio de inspiración para encontrar en el presente una solución a la división que vivimos.

Pero también el tenerlos aquí delante es para mí una grave responsabilidad. Como pastor de la Iglesia, tengo que recordarles que la paz no es un sueño ni una utopía. Nosotros sabemos por fe y por experiencia que en Cristo muerto y resucitado, el Cielo Nuevo y la Tierra Nueva de justicia, de amor y de fraternidad han sido inaugurados. Por esto estamos convencidos de que la violencia, la injusticia y la violación a los derechos humanos, no solamente no encuentran justificación, sino que como resultado de opciones y políticas y no de un determinismo fatal, pueden ser modificadas, cuando los responsables de la "res" política en corresponsabilidad con sus pueblos, toman las medidas necesarias para cambiar aquello que origina el desorden. Por otra parte, como voz de los que no tienen voz, siento el deber de hacerles llegar el eco angustioso de quienes, no por designio divino, sino por el egoísmo humano, han sido

condenados a nacer, a vivir y a morir en medio de la miseria, de la inseguridad y la violencia.

Es pues, desde esta perspectiva que me permitiré reflexionar, junto con Ustedes, algunos de los aspectos que nos agobian.

Permítanme comenzar con una reflexión de tipo personal. Como les decía, hoy les veo ante todo como hombres que se ponen delante de Dios para abrirse en búsqueda de respuestas y soluciones concretas.

Detrás de cada uno de ustedes, Excelentísimos Mandatarios hay un pasado político. Años y años de esfuerzo, de compromisos e incluso de riesgo de sus propias vidas, es lo que les ha llevado hasta el lugar que hoy ocupan. Sin embargo, cuando uno llega a la cima, es muy conveniente reflexionar acerca de cuáles fueron los motivos que les llevaron a comenzar el ascenso y cuáles fueron las metas que se propusieron para tal misión. Si no se tiene esa perspectiva bien clara, se arriesga perder el sentido y quedarse perdido en medio de la amplitud de perspectivas que se abren cuando se llega a la cumbre. Esto es lo que

lamentablemente nos sucede con mucha frecuencia.

Estoy seguro de que al comienzo de su carrera política tiene que haber existido una motivación profundamente humana. El descubrir el sufrimiento, la miseria, la injusticia y la violencia en que vivían nuestros pueblos, debe haber sido lo que les llevó a pensar que Ustedes, con sus dotes y capacidades, podrían comprometerse en construir una sociedad alternativa, en la que reinara la paz, la justicia y la libertad. Si no hubiera sido por motivaciones de este tipo, no se explicaría cómo se habrían corrido tantos riesgos.

Sin embargo, los retos que se afrontan, las presiones a las que se es sometido y, sobre todo, el perder la perspectiva motivadora inicial, hacen que con el correr del tiempo estas motivaciones se puedan ir perdiendo. Entonces el poder se llega a considerar como el fin y no solamente como el medio, y el mantenerlo, no importa de qué manera, es más importante que todo el trabajo que se pueda hacer para garantizar el bienestar de los pueblos. Esto es lo que va haciendo que los

ideales básicos de libertad, justicia y sinceridad, vayan siendo sustituidos por la demagogia, la corrupción y la violación de los derechos básicos del hombre. Les soy sincero y les digo que esta problemática es la que se encuentra en la base del "impasse" en el que en muchos momentos parece haber caído nuestra situación política y el camino hacia la paz. Recuerden que ustedes tienen delante de sí una responsabilidad muy grande. Sus nombres van a quedar inscritos en la historia de nuestros pueblos centro-americanos.

La forma en que vayan a quedar depende de la valentía y seriedad con la que asuman su compromiso. Actualmente, con mucha frecuencia parece que las opciones de diversos gobiernos estuvieran más bien marcadas por la corrupción, la represión, la falsa demagogia, la defensa de intereses creados a costa de la vida y el respeto de los derechos fundamentales del hombre. Son sus nombres y no solamente los de sus gobiernos o su época los que van a quedar grabados o como los de hombres tiranos, corruptos y traidores del pueblo que ha puesto en

ustedes su confianza, o como héroes que han sacado a nuestro Istmo de su miseria, de su sufrimiento y lo han colocado por la senda de la verdadera libertad y la paz tan anhelada. Sepan que, si el presente es víctima de la demagogia, la historia inexorablemente es sierva de la verdad. "No hay nada oculto, que no llegue a descubrirse", según frase bíblica del mismo Cristo. Que sus ideales fundamentales de servicio al pueblo que los ha visto nacer les lleve, entonces, a ser radicales en su búsqueda del bien común. Tengan valor para desligarse de los presupuestos ideológicos y de los compromisos políticos que les pudieran hacer marionetas de intereses mezquinos y verdugos de sus propios pueblos. Ustedes son los responsables de la paz. Ustedes pueden y deben construir la paz en Centro América.

Sé que esto que hoy les demando como Pastor de la Iglesia y como clamor del pueblo centroamericano no es un camino fácil. Sé con claridad que en nuestro mundo los problemas políticos no se resuelven simplemente con un cambio interno, como si se tratara únicamente de una cuestión personal.

Pero también estoy convencido de que, definitivamente, el primer paso para emprender el camino que certeramente lleve a la paz es profundizar, cada vez más, en la responsabilidad personal de cada uno de ustedes, en la necesidad de coherencia radical a sus opciones básicas y sobre la capacidad que tiene la libertad personal sobre el acontecer histórico.

Cuando se sale del campo personal para iniciar el camino de la paz, sé bien que ustedes son sometidos a dos tipos de presiones fundamentales: las primeras, quizás más determinantes y menos controlables, son las internacionales. Las segundas son la serie de intereses y compromisos políticos que dentro de sus países les han llevado al poder.

Es dramático ver cómo nuestro mundo se ha polarizado en torno a las superpotencias y cómo éstas no dirigen sus acciones a la búsqueda de la verdad o del bienestar de los pueblos, sino solamente a tratar de consolidar, cada día más, total e indiscutiblemente, la fuerza de su poder destructor. Ustedes son víctimas de las presiones que estas potencias ejercen.

Todos somos conscientes

de que muchas de las opciones políticas en las que quizás hay caminos de solución tienen que ser sometidas a la aprobación de los que se han apoderado de la fuerza y pueden disponer de su propia voluntad. No se puede prescindir de esta realidad y, sin embargo, si ustedes se unen y son sinceros los unos con los otros, si olvidan la demagógica política del estrecharse la mano por una parte y al mismo tiempo por detrás se están tratando de destruir, es posible encontrar caminos que, desde la identidad de sus propias posturas, permitan la pacífica coexistencia y desemboquen en la paz. Definitivamente la unión hace la fuerza. No se sigan poniendo los unos contra los otros, resistan a la tentación de ceder ante las maquiavélicas propuestas que, a cambio de apoyo político, hipotecan la felicidad, la libertad y el respeto de nuestros pueblos centroamericanos. Ustedes, Excelentísimos Mandatarios, con su entereza moral y su integridad política pueden ofrecer para todo el mundo una verdadera alternativa de lo que se logra hacer dentro del pluralismo político cuando

se trata realmente de buscar el bien de sus pueblos.

Centroamérica está en el corazón del mundo geográficamente y en los últimos años también lo ha estado por su misma problemática política. Que, gracias al compromiso de ustedes logre situarse como corazón del mundo al ofrecer una alternativa en la que, saliendo de la polarización de las potencias extranjeras, dentro del respeto de un pluralismo político, se asegure la cooperación pacífica y sincera. Ustedes son bien conscientes que en la guerra fratricida que vive el pueblo centroamericano hay un solo perdedor: el mismo pueblo, especialmente los sectores más marginados. No son ni las superpotencias que lo único que buscan es consolidar sus posiciones y defender sus propios intereses, ni tampoco -perdonen mi franqueza- los mismos gobiernos que, con frecuencia, haciendo eco del refrán "en río revuelto ganancia de pescadores", aprovechan de la misma situación para la consolidación y enriquecimiento de los verdaderos enemigos del bien común. No cabe duda que la vía de salida no puede ser el

pretender uniformar los sistemas o las ideologías que están detrás de los gobiernos de cada uno de ustedes.

Esta pretensión que, directa o indirectamente ha sido la postura que ha prevalecido en la política de las super-potencias, es uno de los obstáculos más grandes para encontrar un camino a la paz verdadera. Para bien o para mal, la historia les ha ido situando en sistemas y posturas diferentes. Tienen que reconocer esta realidad y estar seguros de que la diversidad de posiciones y de conceptos de la democracia, lejos de ser un peligro para la subsistencia y consolidación de sus propios regímenes, puede ser, dentro de un ámbito de auténtica apertura y sinceridad, un elemento que permita vivir un proceso político cada vez más enriquecedor. Lo que imprescindiblemente hay que tener como base común es el respeto recíproco a los regímenes que existen y el que cada uno de sus sistemas se convierta, en forma clara, en garante de las libertades individuales y promotor del respeto a la dignidad humana dentro de sus propias áreas.

Sin la aceptación de este pluralismo, tanto a nivel interno como a nivel internacional, es imposible poner las bases que permitan un verdadero diálogo. Esto, naturalmente, como ya lo han manifestado ustedes mismos en sus propuestas de paz, supone el cese, no solamente de la agresión abierta sino, especialmente, por ser la más peligrosa y dañina, de la agresión clandestina que ha sido el flagelo más grande que nos ha azotado.

Definitivamente, de esta reunión que han celebrado tiene que llegarse a la convicción de que el futuro de Centro América no se encuentra en una solución militar, sino en una solución política. Esto implica un cese total en la carrera armamentista. Como les mencionaba en mi discurso precedente de Esquipulas, "las armas no van a traer la paz ni a garantizar la justicia". Vean que gran parte de la pobreza de Centro América se debe a que nuestros recursos se han destinado a la destrucción y la muerte al invertirlos en armas, en lugar de servir para promover un desarrollo social armónico. Al lenguaje de las armas tiene que sustituir actualmente el

DIALOGO. Es a través del encuentro franco y sincero y no del atemorizarse recíprocamente, a precio del bienestar y la promoción de sus mismo pueblos, como tienen que irse superando las diferencias y encontrando soluciones pacíficas.

Quiero manifestarles una vez más que en la Iglesia encontrarán constantemente un apoyo a todas las iniciativas de paz. No somos defensores de ninguna ideología ni estamos pretendiendo imponer ningún modelo político concreto. Tampoco nos encontramos sistemáticamente en contra de ningún tipo de gobierno o sistema. Nuestra opción radical por Cristo y por el evangelio a lo que sí nos compromete es a defender al hombre en su integridad: a denunciar los actos que atentan contra su dignidad y a propiciar que se abran los caminos para que la paz que, indudablemente es posible, se haga realidad.

Cuando vuelvan a sus

países y tomen las opciones pertinentes, no olviden las palabras de este Pastor de la Iglesia que desde la profundidad de su fe y con la certeza que le da la esperanza les termina diciendo: **La paz es posible, está a nuestro alcance, puede ser una realidad histórica.** De ustedes, de su valor, de su sinceridad, de la fidelidad a los valores más genuinos que les puedan animar depende que se realice. No permitan que los anhelos de este pueblo centroamericano que se ha confiado en ustedes y se está debatiendo en la agonía de la violencia y la muerte sigan frustrándose.

Que el Señor les ilumine y les dé la gracia de que el camino que a través de sus encuentros han emprendido, llegue a su meta final. Que María, Reina de la Paz y Auxilio de los Cristianos, interceda por todos para que la paz en la libertad, la justicia y el respeto a la dignidad humana sean realidad.